

Marcela Terrazas y Basante, *Inversiones, especulación y diplomacia. Las relaciones entre México y los Estados Unidos durante la dictadura santannista*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2000, 292 p., mapas, cuadros (Serie Historia Moderna y Contemporánea, 35).

Una nueva y más realista historia diplomática

Inversiones, especulación y diplomacia de Marcela Terrazas es un notable estudio de historia diplomática, pero si así se lo define es porque su autora ha cultivado ese campo desde hace varios años. Discípula distinguida de Carlos Bosch, quien tanto hizo por ahondar en el estudio de las relaciones entre México y los Estados Unidos, Marcela Terrazas no ha abandonado el camino marcado por su maestro pero sí explorado, y con muy buenos resultados como lo demuestra en *Inversiones, especulación y diplomacia*, caminos menores que convergen en el de las relaciones internacionales. De ahí que este libro pudiera ser visto también como un trabajo de historia de empresarios y de sus negocios, del peso de los intereses privados en las políticas nacionales y en las relaciones bilaterales e, inclusive, como historia internacional, si bien su autora es consciente de que todavía hace falta mucho trabajo para comprender mejor la participación de las principales potencias de mediados del siglo XIX en México, Centroamérica y el Caribe. También, aunque un poco menos, es historia política de México durante el último gobierno de Antonio López de Santa Anna, uno de los personajes más controvertidos de la época y uno de los periodos menos estudiados por la historiografía mexicana.¹

Por lo tanto, estamos frente a una contribución muy valiosa no sólo para quienes estén interesados en el tema, sino para quienes busquen una metodología original y rigurosa para abordar cuestiones parecidas. Marcela Terrazas ha renovado el estudio de la historia diplomática, a la que se había visto como tradicionalista, a la vez que, como una de las muchas ramificaciones de la historia política que por mucho tiempo fue abandonada debido al atractivo

¹ Los estudios más importantes sobre el periodo son los siguientes: Moisés González Navarro, *Anatomía del poder en México (1848-1853)*, México, El Colegio de México, 1977; Carmen Vázquez Mantecón, *Santa Anna y la encrucijada del Estado (1853-1855)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986; Fernando Díaz Díaz, *Caudillos y caciques. Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez*, México, El Colegio de México, 1972.

de las investigaciones en torno de la vida social. Consciente de ese rezago, nuestra autora ha querido combatir los prejuicios que existían alrededor de esta especialidad, de tan grande renombre en otros tiempos, con la introducción de nuevos enfoques y metodologías. Su amplio conocimiento de la historiografía norteamericana —ya que por muchos años ha enseñado la historia de esa nación— la puso al tanto de los enfoques introducidos por las variadas corrientes revisionistas a partir de los años de mediados del siglo XX, más precisamente los sesenta. El énfasis puesto allá en el estudio de los orígenes de las empresas modernas y de la influencia de los hombres de negocios en los asuntos públicos hizo que Marcela Terrazas se fijara en el desempeño de éstos en la que aquí llamamos la venta de la Mesilla y allá, por el nombre de su negociador, conocen como compra de Gadsden. Así ligó la relación meramente diplomática entre México y Estados Unidos, tomando muy en cuenta las diferencias de carácter entre ambas, con la situación interna y problemas más inmediatos de cada una de las dos naciones pero, sobre todo, con los intereses de los empresarios que, por primera vez, parecían casi incontenibles por los efectos de la revolución industrial en el transporte y la producción y, por ende, en el comercio. Conjugar todos estos elementos no es tarea fácil y menos lo es presentarlos tan bien sustentados en este libro que nos ha entregado Marcela Terrazas, fruto de una investigación metodológicamente ordenada basada, podríamos decir que casi de manera exhaustiva, en numerosas fuentes primarias procedentes de archivos, colecciones de documentos y testimonios de contemporáneos, tanto de México como de Estados Unidos, además de una amplia bibliografía sobre el tema.

El libro está compuesto por cuatro grandes capítulos que abordan todos los temas que la autora considera importantes para explicar las relaciones entre los dos países. Así, en el primer apartado se estudian las relaciones entre los grupos de especuladores y empresarios, tanto de México como de los Estados Unidos, y el debate parlamentario en torno del Tratado de La Mesilla. Se detiene más en la política norteamericana que en la mexicana, lo cual puede explicarse por la abundancia de bibliografía para el primer tema, en contra de los pocos estudios con los que contamos para reconstruir la historia de esos agitados años en México. Pero, sobre todo, creo, por la importancia que tiene dar a conocer la parte de la historia que nos es menos familiar, la de los otros, esos que desempeñaron

el papel activo, por no decir agresivo, ante la actitud, regularmente pasiva, que caracterizó a nuestra diplomacia en la primera mitad del siglo XIX y un poco más.

Los siguientes tres capítulos están dedicados al periodo posterior al Tratado de La Mesilla, durante el cual se presentó la caída de la dictadura frente a la Revolución de Ayutla. A diferencia del primer apartado, en el segundo nos encontramos con el relato detallado de la vida política mexicana, en especial en lo relativo a la forma como el gobierno santannista se enfrentó con la insurrección liberal. También se hace un abordaje parecido de la vida política norteamericana, aunque resalta los intereses expansionistas de la administración demócrata de Franklin Pierce y la rivalidad entre las grandes potencias por Centroamérica. En el tercer capítulo se vuelve a las relaciones bilaterales entre México y los Estados Unidos. Se resalta de manera muy especial la posición del secretario de Relaciones Exteriores Manuel Díez de Bonilla y la actuación del representante de Washington en México James Gadsden. Por último, en el capítulo cuarto, presenciamos la caída de la dictadura y, de nuevo, la participación de Gadsden, quien podría ser considerado como el personaje principal de esta historia.

El punto de partida del libro es, como mencioné, el Tratado de La Mesilla que, como señala la autora, ha sido considerado como un acontecimiento menor en la historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos (p. 88). Desde el punto de vista mexicano, no ha pasado de ser visto como uno más de los caprichos de Antonio López de Santa Anna y como un cargo más para acusarlo de ser el eterno traidor a la patria. Una patria que, dicho sea de paso, no estaba todavía bien consolidada, lo cual puede explicar no sólo la actuación del héroe de Tampico, sino que otros políticos y militares de la época también estuvieran dispuestos a enajenar algunos de los lejanos territorios norteños para alcanzar el poder o mantenerse en él, desde José María Morelos hasta Lorenzo de Zavala, Valentín Gómez Farías y, según la novedosa afirmación de Miguel Soto, hasta Lucas Alamán.²

² Miguel Soto, "Texas en la mira. Política y negocios al iniciarse la gestión de Anthony Butler", en *Política y negocios. Ensayos sobre la relación entre México y los Estados Unidos en el siglo XIX*, coord. por Ana Rosa Suárez Argüello y Marcela Terrazas Basante, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1997, p. 19-63.

La historiografía norteamericana sobre el tema ha sido más copiosa y menos inclinada a buscar en la personalidad de los actores la explicación de los hechos. Con notables excepciones, casi toda reduce la compra de La Mesilla a la disputa entre el norte industrial y comercial y el sur esclavista. En efecto, la guerra con México y, sobre todo, la adquisición del territorio de Óregon habían saciado el impulso expansionista de los *whigs* y nortños, mientras que los políticos demócratas todavía podían anhelar más territorios, tanto de México como de América Central y el Caribe. Sin embargo, las posibles adquisiciones en esas regiones beneficiaban únicamente a una región, el sur, con lo que el expansionismo perdió, de momento porque resurgiría en 1867 con la compra de Alaska, su carácter nacional. Así las cosas, puede afirmarse con facilidad que el principal impulso para adquirir el territorio de La Mesilla provino, como en efecto sucedió, de demócratas sureños, notables defensores de los derechos de los estados y de la "institución peculiar". Tal sería el caso de James Gadsden, ministro de los Estados Unidos en México.

Marcela Terrazas critica esta interpretación, no porque sea errónea sino por simplificar en exceso las cosas. En efecto, la autora nos recuerda que otro de los efectos de la guerra con México fue que los Estados Unidos afianzaran, al fin, un vasto litoral en el océano Pacífico, anunciado desde 1819 cuando firmaron el Tratado Transcontinental con España. Desde ahí podrían establecer un fecundo comercio con Asia, donde se estaban abriendo los mercados del Japón y, en especial, el de China. Éste era codiciado por los comerciantes de Boston que protestaron cuando el presidente Polk aceptó la frontera entre Canadá y Óregon en el paralelo 49. Frente a este nuevo panorama, los inversionistas y empresarios norteamericanos se apresuraron a tender los puentes para llegar al oeste. No faltaron los proyectos para establecer líneas férreas desde las importantes ciudades del este, tanto del norte como del sur, con rumbo a las costas del Pacífico. La construcción de ferrocarriles era, por añadidura, un jugoso negocio, pues permitía la especulación de tierras, una actividad que la historiografía reciente ha señalado como el principal impulso del expansionismo norteamericano.³ Mediante

³ Para el caso de Texas, véanse Soto, *op. cit.*, y Andreas Reichstein, *Rise of the Lone Star. The Making of Texas*, College Station, Texas A & M University Press, 1989.

esta especulación, en el caso de la franja fronteriza entre México y Estados Unidos, nos dice la autora, se mezclaban intereses “familiares, amistosos y corporativos” (p. 89).

Resulta lógico que se desatara una campaña entre distintos grupos de inversionistas para conseguir llegar, antes que nadie, al Pacífico. Representante de uno de estos grupos era el general James Gadsden, quien se desempeñaría como enviado de los Estados Unidos ante el México santannista. El grupo al cual representaba este hombre pretendía construir una vía de ferrocarril por el sur, para lo cual se hacía menester elaborar un nuevo arreglo de límites con México, pues los que había fijado el Tratado de Guadalupe-Hidalgo no beneficiaban la construcción de esa obra por el obstáculo que representaba una zona montañosa y necesitaban unas tierras más planas que se encontraban al sur de la línea fronteriza. Como se sabe, Gadsden presionó de distintas maneras al gobierno de Santa Anna para conseguir su objetivo, llegando inclusive a la amenaza de que, de no ser aceptado un nuevo tratado, el territorio de La Mesilla sería arrebatado por la fuerza de las armas. La precaria situación del gobierno mexicano favorecía los planes del enviado norteamericano, pues a cambio del territorio norteño se entregaría una jugosa indemnización. Hasta aquí podríamos suponer que estamos ante un sencillo ejemplo de cómo un gobierno demócrata, vinculado con los intereses del sur, procuraba continuar con la expansión norteamericana. Sin embargo, el panorama no era tan sencillo. El Departamento de Estado envió a México, en 1853, a un agente especial que debía transmitir instrucciones a Gadsden. Éste era Christopher Ward, quien a la sazón representaba los intereses de otros demócratas sureños, encabezados por Peter Hargous, pero más interesados en llegar al Pacífico vía Tehuantepec que en beneficiar a los especuladores de tierras de Gadsden.

Aquí es donde Marcela Terrazas, como ya habíamos mencionado, introduce un nuevo elemento en la tradicional interpretación del conflicto norte-sur, el de los intereses empresariales representados por diplomáticos y por congresistas. Nos dice atinadamente la autora que los empresarios, los especuladores y los agiotistas “muchas veces traspasaron la barrera de lo nacional, lo regional y lo partidario en la búsqueda de la ganancia o el interés particular” (p. 92). Estos intereses eran diversos cuando no opuestos, pero en ocasiones coincidían en algunos objetivos, como cuando Ward colabo-

ró para que se pagara una pronta indemnización a Santa Anna por la venta de La Mesilla, sin importar que ésta beneficiara a Gadsden y su grupo, pues de esa manera podría recuperar al menos parte del dinero que, como miembro del grupo de agiotistas, había prestado a Su Alteza Serenísima. La autora recuerda —en el capítulo II— cómo fueron estos agiotistas quienes financiaron, en buena medida, el regreso de Antonio López de Santa Anna a la presidencia y estaban tan ansiosos como él de que llegara la cantidad prometida por el gobierno estadounidense. Poco después, cuando estalló la Revolución de Ayutla en marzo de 1854, la urgencia aumentó, pues el régimen amenazaba con desmoronarse.

La presencia de estos agiotistas, encabezados por Manuel Escandón y vinculados con Peter Hargous en la empresa de Tehuantepec, resulta tan determinante tanto en la política interna de México en esos años como en la relación entre las dos naciones que la autora había bautizado una primera versión de este libro, como nos dice en la introducción (p. 11), la que presentó como tesis de doctorado, como *Agio, especulación y diplomacia*. Sería interesante saber por qué, para la publicación, decidió cambiar la primera palabra por la menos sugerente de “inversiones”.

Como mencioné antes, en este mismo segundo capítulo titulado “Después del Tratado”, Marcela Terrazas relata cómo tras la guerra de 1847, el expansionismo de los Estados Unidos mantuvo su popularidad en el sur, dirigido ahora a las tierras “tropicales”, que antes no habían sido tan bien vistas. Así, Tehuantepec, Nicaragua, Panamá y Cuba estuvieron en la mira de la administración de Franklin Pierce, quien empleó un discurso muy agresivo cuando se trataba de las probabilidades de incorporar nuevos territorios a la Unión. Para su desgracia, el partido demócrata empezó a perder presencia en el poder legislativo, de manera que no fue posible realizar sus sueños expansionistas. Tanto el presidente como Gadsden se tuvieron que conformar con un pedazo de tierra de México mucho menor al que querían, y que fue reducido todavía más por el Senado norteamericano. Además, en Centroamérica y en el Caribe, debían tomar en cuenta la “amenaza británica” que, como no se cansa de repetir la autora, era más bien parte de las obsesiones de los norteamericanos que real, pues el gobierno de Londres estaba interesado en ampliar sus mercados y no en obtener nuevas colonias. No obstante, los británicos se mantuvieron en Belice y no estaban

tan impasibles frente a la posibilidad de construir un paso interoceánico, razón del Tratado Clayton-Bulwer, aunque finalmente, estos asuntos sólo tenían que ver con sus intereses comerciales. También señala Marcela Terrazas que no sólo los norteamericanos sino también los mexicanos nos equivocamos respecto de la postura que adoptarían los ingleses, Estados Unidos viéndolos como una amenaza y nosotros como protectores. Con ello nuestra autora sólo recalca la consideración que debe prestarse a los intereses europeos en el carácter de la relación entre México y Estados Unidos.

Así, la presencia de la Gran Bretaña, y de Europa en general, fue vista por México como un posible contrapeso a la creciente dependencia con los Estados Unidos. Aquí cabe recordar que la dictadura de Santa Anna había tenido su origen en la propuesta del partido conservador, caracterizado, entre otras cosas, por su temor al expansionismo norteamericano y su inclinación favorable a las monarquías europeas. De hecho tanto Santa Anna como el canciller Díez de Bonilla procuraron recuperar la vieja idea de Lucas Alamán (p. 179) de apoyarse en el viejo continente y, de ser posible, traer un príncipe europeo, tanto para conseguir la ansiada estabilidad nacional como para oponer un dique a los angloamericanos. Hay que decir que las principales monarquías europeas se hallaban entonces enfrascadas en serios problemas: Gran Bretaña y Francia procuraban evitar que Rusia se volviera muy poderosa tras el desmoronamiento del imperio otomano, mientras que España no se encontraba en condiciones de otorgar su apoyo a una de sus ex colonias, no sólo por sus problemas internos sino por temor a que un enfrentamiento con los Estados Unidos acarrearía la pérdida de Cuba.

Marcela Terrazas abre un importantísimo campo para los estudiosos de la vida política y, en especial, de la diplomacia: el juego de los intereses internacionales y geoestratégicos. La relación bilateral de México y Estados Unidos no estaba aislada, pese a la lejanía de Europa, como ya dijimos, y los actores políticos y diplomáticos de los dos países tomaban en cuenta a las viejas monarquías de allende el Atlántico.

Por supuesto, el coqueteo de Santa Anna con Europa fue mal visto por Gadsden, incansable defensor de la Doctrina Monroe, quien procuró beneficiar tanto a los rebeldes de Ayutla como a los liberales que se hallaban exiliados en los Estados Unidos. Sin embar-

go, su actitud en este sentido no fue de entera oposición al gobierno de México, pues cuando el dictador dejó entrever la posibilidad de una nueva “cesión” territorial a cambio de apoyo, el ministro norteamericano no vaciló en aceptar. Ésta es una muestra más de cómo los intereses privados eran más fuertes que los diplomáticos y, por supuesto, que las “convicciones” ideológicas que hubiera podido tener Gadsden. Fueron esos mismos intereses —pero en esta ocasión los de los agiotistas— los que consiguieron que al final llegara el pago de indemnización del territorio de La Mesilla, aun antes de lo que había sido estipulado en el tratado y pese a la oposición de Gadsden, quien hubiera querido retrasarlo más para propiciar la pronta caída de la dictadura.

De esta manera, ante la pregunta de qué provoca una determinada política exterior, Marcela Terrazas nos señala que, en el caso de La Mesilla, la respuesta está en la situación interior de Estados Unidos, misma de la que derivó la actuación de los hombres del dinero, alcanzando ésta tal magnitud que llegó a opacar a la misma gestión diplomática e incidió directamente en nuestra política doméstica.

María Cristina GONZÁLEZ ORTIZ

Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, UNAM